

vida profesional y cristianismo

la dificultad

Hablar de "lo cristiano" y de "lo profesional" en su mutua conexión es tanto como hablar de una cuestión decisiva, la cuestión quizás más fuerte que se plantea en el debate espiritual a que estamos asistiendo. Dos razones me mueven a decir esto: por una parte, está la realidad, tan dolorosa como innegable, del divorcio entre la fe y la vida diaria; por otra parte, la desconexión entre cristianismo y progreso. Me explico.

Al hablar del divorcio entre la fe y la vida diaria no me refiero simplemente al hecho de que haya cristianos que en su conducta no viven de acuerdo con su fe. No es una cuestión de moralidad lo que aquí está en juego, sino algo mucho más radical: se trata de comprender lo que es el cristianismo, no sólo de determinar cómo ha de ser la conducta de los cristianos. Ahora bien, el cristianismo no es solamente una forma de religiosidad, todo lo perfecta que se quiera, pero a fin de cuentas una religión más. Cuando Cristo afirma que ha llegado la hora en que los verdaderos adoradores adorarán, no en este momento o en Jerusalén, sino en espíritu y en verdad (Jn 4, 21-23), se refiere exactamente a que el fenómeno cristiano supera y trans-

ciende todas las formas de encontrar a Dios que se basan en la sola religiosidad. El cristianismo se funda y se expresa en la fe. Solamente la fe salva y santifica. Ahora bien, la fe se expresa ante todo en la vida. No puede haber fe donde no hay una vida comprometida con los demás hombres, por más religiosidad que haya. En este sentido, siempre me ha impresionado la lectura de Kierkegaard; este hombre, como exactamente ha notado Martín Buber, no reconoce fe alguna que no comprometa. El presunto hombre religioso que piensa con tan gran entusiasmo en el objeto de su fe y habla de él incansablemente, y también aquel que expresa lo que entiende ser su fe en actos de culto y en ceremonias no pasan de imaginarse que creen si realmente sus vidas no han sido transformadas medularmente, si la presencia de aquellos en que creen no determina la actitud esencial del hombre religioso desde la soledad más recóndita hasta la acción pública (1). Y este es el drama y la paradoja de la Iglesia de nuestro tiempo: una Iglesia que ha cargado las tintas en todo lo que significa religiosidad, piedad y culto, pero que se ha alejado de la vida y por lo tanto se ha debilitado en su fe. De esta manera el hombre de la calle asocia la idea de "lo cristiano" a lo cultural y a lo piadoso

más espontáneamente que al conjunto de la vida en todas sus manifestaciones y más en concreto a "lo profesional". Por esto es perfectamente concebible el hecho de hombres que viven una piedad intensa y un culto espléndido, pero de tal manera que eso es compatible con la falta de rendimiento en el trabajo, con el descuido en las tareas profesionales, sin que por estas cosas u otras semejantes se sientan violentados en su conciencia. Y es que, de hecho, "lo cristiano" se asocia más a "lo espiritual" que al resto de las actividades del hombre. De esta manera se ha hecho la distinción de "lo sagrado" y de "lo profano". "Lo cristiano" se ha identificado con "lo sagrado", es decir con unas personas determinadas, con unos objetos, con unos sitios, con unos gestos; lo demás es "lo profano", que puede ser o no ser cristiano, y en todo caso es claro que según esta mentalidad el cristianismo se puede vivir perfectamente al margen de lo que se considera como profano. Así, por este camino, la Iglesia, la liturgia, la teología, la espiritualidad se ha ido alejando más y más de la vida, de los verdaderos problemas de los hombres, hasta de las expresiones y del lenguaje de los hombres. Pero ha llegado el momento en que todo esto se hace intolerable para el hombre moderno, para la sensibilidad y los valores del hombre de hoy. Los sacerdotes y los religiosos que hoy padecen crisis tan fuertes en su vocación, en la misma comprensión de su razón de ser en el mundo, son víctimas de este estado de cosas. Por el contrario, los seglares que ven reafirmarse cada día más su espiritualidad laical no están sino testimoniando la evolución tan poderosa que se va a imponer en cuanto a la comprensión del Cristianismo. Así las cosas, es perfectamente comprensible que las dudas más fuertes

afecten poderosamente a los espíritus provocando las reacciones y los puntos de vista más opuestos: desde los que vienen a identificar el cristianismo con el solo humanismo hasta los que localizan al cristiano en determinadas expresiones culturales y religiosas, quedando lo demás como consecuencias ulteriores de la vivencia propiamente cristiana. Planteado así el problema, la primera cuestión que aquí hay que responder es la siguiente: ¿dónde se ha de poner, ante todo, la expresión de la vivencia cristiana? ¿En lo que llamamos "sagrado", es decir en lo cultural, en lo religioso? ¿O se ha de poner, antes que en eso y sin negar eso, en la vida misma, concretamente en lo profesional?

En segundo lugar, para comprender la gravedad del asunto que venimos tratando, hay que reflexionar acerca de las consecuencias que se han seguido y se van a seguir de la desconexión entre cristianismo y progreso. La pregunta aquí desde este punto de vista, se puede formular de una manera muy directa y muy simple: ¿cómo plantear lo que significa la cruz, la renuncia y la ascesis en un mundo y en una sociedad de progreso, de bienestar y de consumo? ¿Es que se pueden desentender los creyentes de un mundo en evolución y en progreso constantes? ¿Cómo pueden conciliar su fidelidad a la cruz con su presencia en este mundo? A primera vista, puede hacer la impresión que tales cuestiones no ofrecen una dificultad seria. Sin embargo, a poco que se reflexione se comprende enseguida que el problema es más grave de lo que pudiera parecer en un principio. Porque es evidente, ante todo, que la Iglesia ha hecho la impresión por mucho tiempo de preocuparse muy seriamente de las cosas del cielo, pero que desde luego no ha

tomado tan en serio las cosas de la tierra. Es más, en su predicación, en su oración, en la expresión misma de las vidas de sus santos, en lo que ha canonizado y en lo que ha condenado, se notaba siempre la tendencia marcadísima a "despreciar lo terreno, para amar lo celestial". Ahora bien, tal postura ha creado una dificultad mucho más grave de lo que pudiéramos pensar para la Iglesia misma y para la presencia del cristianismo en el mundo. La dificultad quizás más seria que hoy tiene que superar la Iglesia si quiere de verdad evangelizar al mundo. Hace más de treinta años escribía Teilhard: "El cristianismo se enfrenta en el momento actual a una situación absolutamente nueva. Originalmente se trataba para él de conquistar y de transformar un mundo feneciente. Más tarde le correspondió la tarea, relativamente fácil, de organizar el mundo de la civilización europea, nacida de él. En este momento (y en realidad desde el Renacimiento), se manifiesta un nuevo impulso humano nacido en el seno, pero no bajo el signo, de la Iglesia. Después del mundo grecorromano y del mundo medieval, un tercer mundo, el mundo moderno, aparece desarrollándose al margen del cristianismo, y con un potencial humano mayor que el de éste último. ¿No es en verdad del espíritu moderno de donde derivan todos los ímpetus y todas las recientes iniciativas de la tierra?" (2). Hoy se podrían decir estas mismas cosas, pero con mucha más energía. No obstante todas las palabras conciliares y laudatorias que se quieran aducir, el hecho es que el mundo ha progresado y sigue progresando al margen de la Iglesia y del cristianismo, que los grandes y verdaderos esfuerzos de evolución no vienen precisamente del cristianismo y, lo que es peor, que la actitud de

la Iglesia frente a este movimiento imparable ha sido y en muchos de sus hombres sigue siendo de recelo, de profunda aunque inconfesada desconfianza, de duda y de inseguridad. La consecuencia de este estado de cosas ha sido formulada por el mismo Teilhard: "No cabe duda que el cristianismo ya no progresa con la rapidez deseable. Pese a que jamás haya sido tan poderosamente organizado el esfuerzo para la propagación de la fe, cabe preguntarse si, en conjunto, por su élite y por sus fuerzas vivas, el mundo en este momento se aleja de Cristo en vez de acercarse a él. A mi parecer, esta situación tiene una causa bien definida: en la forma en que predicamos, el cristianismo ya no es bastante contagioso. Ya no se nos entiende. ¿Cuántas veces me han dicho no creyentes con toda sinceridad: Si me hiciese cristiano, tendría la impresión de disminuirme!" (3). La dificultad está ahí: en lo impermeable que se ha hecho el mundo y el hombre de nuestro tiempo ante un mensaje de salvación que, tal como viene presentado, parece que amenaza y contradice una porción muy auténtica del propio ser. Por lo demás, no olvidemos que la dificultad no es solamente de orden misional o apologético, de cara a los de fuera. Se trata de algo que afecta directamente al planteamiento de la propia vida del creyente. Aquí, ante todo, es donde se sitúa la dificultad. ¿Cómo lograr una presentación y una vivencia del mensaje cristiano de tal manera que sea coherente con las aspiraciones más auténticas del hombre, sin negar por ello lo que en el mensaje hay de cruz y de renuncia? A medida que el mundo va progresando, la vida se hace más fácil, el bienestar se asegura en todos sentidos. Y entonces cabe preguntarse, ¿es que los cristianos pueden cooperar impunemente a tal ritmo y a tales in-

tentos de progreso sin contradecir por ello algo que es enteramente sagrado en su fe?

Resumiendo cuanto he dicho hasta ahora, creo que la dificultad se viene a concretar en lo siguiente: de hecho, tal como han ocurrido las cosas, lo cristiano se ha expresado y se sigue expresando fundamentalmente en la ascesis y en la religiosidad. Pero ha llegado el momento en que tal planteamiento parece hacerse insoportable; los hombres de hoy, cada día más y más, sencillamente no lo toleran. Y entonces cabe preguntarse, habrá que preguntarse: ¿no existe una vivencia más elemental, quizás incluso más original, en la que se pueda expresar lo cristiano? Para ser más concreto: ¿qué puesto habría que dar a la profesionalidad dentro del cristianismo? Pero entonces y por este camino, ¿no vamos a caer en un vulgar humanismo destructor de lo más original de la fe cristiana? Aquí está el nudo de la cuestión. Vengamos a una clarificación de conceptos.

profesionalidad y cristianismo

Por profesionalidad entiendo el trabajo y el rendimiento en el mundo, en una tarea concreta; el quehacer que realiza al hombre y, realizando al hombre, realiza al mundo también. Vista así, la profesionalidad pertenece a la humanidad, expresa de alguna manera lo que de humano y terreno hay en nuestra condición. Esto es lo primero y lo más elemental que se puede decir a este respecto. A partir de esta descripción tan simple vamos a elaborar nuestra reflexión. Y ante todo, el hombre o la mujer que trabajan, sea lo que sea, ¿qué piensan de esa actividad con res-

pecto a su condición de creyentes? Lo más normal es que se pasen la vida sin encontrar, de hecho, una conexión o más exactamente una referencia de su actividad profesional a su condición de creyentes. O si se la encuentran, y esto es muy importante, tal referencia se funda, las más de las veces, en una serie de motivaciones que no acaban de convencer. Y no solamente no acaban de convencer, sino lo que es peor, se trata de motivaciones a las que ni siquiera se les ve sentido. En esto ha influido poderosamente el que durante siglos la espiritualidad de la Iglesia se ha alimentado de la espiritualidad de los monjes. Ahora bien, según la interpretación corriente que ha estado en vigor desde muy antiguo, la vida del hombre de Dios (del religioso desde luego, pero incluso también del seglar) se concebía más sobre un esquema ascético y negativo que sobre un esquema profesional y creador. Me explico. Cuando, por ejemplo, los monjes antiguos leían en el Génesis el mandato original que Dios impuso al hombre y en el que se expresa el sentido de su vida entera: "Someted toda la tierra, dominad sobre los animales" (Gen 1, 23), este llamamiento a la conquista del mundo por la evolución y el progreso de las energías ocultas en la naturaleza, significaba para ellos ante todo el deber de someter en su propia persona la animalidad al espíritu; se trataba, pues, de arrancar las propias pasiones, de dominar el apetito, el sueño, el instinto sexual. Pero es claro que tal interpretación se hace hoy insostenible. Primero porque es radicalmente falsa, ya que tal palabra fue dicha por Dios antes del pecado original, es decir, antes de que hubiera pasiones o instintos malos que dominar. Pero además es que tal mentalidad contradice de plano a la mentalidad del hombre moderno. El

hombre de hoy comprende la palabra del Génesis como un llamamiento a dominar la naturaleza exterior; se trata de hacer reinar el espíritu sobre las cosas y de colaborar así al plan creador de Dios. Por este trabajo mismo el hombre se humanizará humanizando el mundo. Estas dos lecturas del texto sagrado imponen dos concepciones diversas (en algún sentido divergentes) del dinamismo espiritual: la primera va por la línea de la ascesis; la otra va por la línea del trabajo creador (4).

Naturalmente que esta concepción antigua, que es la que ha alimentado los libros de espiritualidad hasta nuestros días, implicaba un doble exceso. En primer lugar, un exceso de falso ascetismo. Si atendemos a la mentalidad de tantos y tantos religiosos (que eran el ejemplo más típico de esta manera de ver las cosas), resulta chocante ver que la ascética se metía en todo, hasta en los usos más vulgares de la vida, en las normas de simple educación o de sentido común. Pero, claro, esto traía inevitablemente una contrapartida desagradable; porque no era raro el caso de religiosos que traían una especie de empacho de ascética en sus costumbres diarias (un ejemplo elocuente en este sentido sería la manera de hablar de algunos religiosos) y luego venían a faltar, quizás demasiado, en los principios más elementales de la convivencia social: saber mantener una palabra dada, ser sincero, responsable en el trabajo y en el rendimiento y cosas por el estilo. El segundo exceso es un sentido demasiado negativista en la manera de presentar el mensaje evangélico: una cierta manera de presentar la cruz de Cristo (separada de la Resurrección), una insistencia sobre el pecado y el juicio, un destacar en primer plano la renuncia sin poner delante su

fundamento positivo que es el encuentro con el Señor Jesús. Ahora bien, toda esta manera de presentar el mensaje evangélico no refleja el dato clave y fundamental que es "la Buena Nueva del amor gratuito de Dios" (Act 20, 24), este amor que se ha revelado en la Persona del Señor.

Con esto, naturalmente, no se pretende mutilar en modo alguno el mensaje de cruz que tan patente se hace en todo el Nuevo Testamento. Más bien habrá que decir que se trata de situar la renuncia cristiana exactamente en su sitio. Nuestra renuncia fundamental se ha de poner en que cada hombre rinda al maximum según las cualidades que Dios le ha dado, para que esta misión creadora que Dios ha puesto en nuestras manos llegue a su plenitud de destino y de expansión. En este sentido el campo fundamental de nuestra renuncia y de nuestra cruz es precisamente el campo de la propia profesión. No se hace entonces divorcio entre la fe y la vida. La **devoción coincide exactamente con la obligación**. Dios no podía hacer las cosas de manera distinta; Dios no podía establecer dos órdenes de cosas en la vida concreta de los hombres, dos órdenes que entran en tensión en cuanto las cosas se quieren tomar en serio, ya sea en el campo profesional, por una parte, ya sea en el campo de la religiosidad por otra. Tales tensiones y conflictos no pueden provenir sino de una manera demasiado imperfecta de ver la realidad tal como ha sido pensada por el mismo Dios. El Dios que llama a la fe es el mismo Dios que llama a la misión profesional y creadora del hombre sobre la tierra.

Pero esto no es todo. Ni siquiera, quizás, lo más importante que había que decir aquí. Porque se trata

de determinar, en cuanto sea posible, el puesto que ocupa "lo profesional" en el conjunto de "lo cristiano", es decir, la valoración que el hombre ha de dar a su actividad como profesional, en realidad a su actividad, más general, como creyente. Precisando más la cuestión, habría que preguntarse sobre las relaciones que existen entre religiosidad y profesionalidad. Desde luego, que un creyente ha de ser un hombre religioso y ha de ser también un hombre comprometido con una profesión, con un quehacer concreto en este mundo. Pero, ¿cómo y en qué ha de expresar ese creyente, ante todo, su fe cristiana? Ya dije antes que la fe se ha de expresar, antes que nada, en la vida toda, en la actividad y en el quehacer del hombre, más en concreto en la actividad y en el quehacer del hombre con respecto a los demás. Todos los autores del Nuevo Testamento repiten una y otra vez que el signo de autenticidad de la fe es precisamente el compromiso de cara a los hermanos. El signo de autenticidad de la fe no es la religiosidad entendida en el sentido cultural que le damos habitualmente y al que estamos acostumbrados. En las páginas de este mismo número se puede ver el interesante artículo de P. Casso en donde se demuestra ampliamente cómo precisamente la originalidad del cristianismo estuvo en que puso la religiosidad, el culto, el sacrificio y la liturgia en el compromiso de servicio a los hombres, en el amor manifestado en obras para la liberación y la ayuda eficaz a los demás. Este es el culto espiritual, el culto en espíritu y en verdad que expresa la vivencia de lo cristiano en el mundo. Ahora bien, sería ingenuo pensar que en nuestro mundo socializado y en continuo progreso tal actividad de servicio

real a los hombres va a ser cumplida con la simple e ingenua práctica de determinadas obras de beneficencia. El cristianismo será fiel al designio y a la intención de su Fundador cuando de verdad se comprometa con una acción seria por la elevación y la promoción de este mundo a todos los niveles. No puede haber otra comprensión eficaz del mandato de Cristo de amar a los demás con obras y de verdad. Si el mayor amor es dar la vida por los hermanos, el cristiano será fiel a esa palabra del Señor ante todo en su actitud profesional, en el trabajo y en el rendimiento eficaz, en el consumo y en la aportación a las empresas de este mundo. Esta será su caridad, nada romántica o espiritualista, pero sí eficaz a la hora de la verdad. Nada quita esto al puesto que ha de tener el perdón del enemigo, la ayuda al miserable, es decir, aquellas manifestaciones que por no tener humana explicación pueden ser signo elocuente, el más elocuente en determinados momentos, de la presencia de Cristo en el mundo. Pero es absurdo pensar que vamos a hacer cristianismo si nos contentamos con tales manifestaciones de excepción cuando tantas veces no cumplimos con lo que, de hecho, va a ayudar más eficazmente a los hombres a lo largo y ancho de la vida.

Una consecuencia se impone: el creyente ha de expresar, ante todo, su fe en el compromiso real y eficaz por el mundo y por los hombres. Pero es claro que la manera más consecuente de vivir tal compromiso será su profesionalidad, entendida como hemos dicho. En esto ha de consistir la expresión más elemental de su religiosidad y de su cristianismo. Entendida así, la profesión propia es algo que pertenece con todo derecho al mundo

religioso del hombre, es algo sagrado de lo que no se puede desentender en modo alguno si es que no quiere traicionar su propia fe. Es más, la propia profesión es y se tiene que concebir como la manifestación más elemental de la fe, de lo cristiano. Esta vivencia cristiana, evidentemente, tendrá sus momentos de expresión directa e inmediata ante Dios en la oración, en la fracción del pan, en la participación sacramental, en la soledad y en el retiro; se trata, en todo esto, de una dimensión del cristianismo y hasta del mismo hombre en alguna manera, que no podemos negar ni descuidar. Pero aquí se trata de determinar la expresión más elemental que ha de tener la vida de un cristiano, la estructura fundamental de su existencia. Esta expresión y esta estructura, ya lo hemos dicho, *es su verdadero y real compromiso con los hombres*. Pero es claro que tal compromiso no es imaginable en nuestro mundo si no es a través y por medio de la propia profesión seriamente tomada y llevada hasta sus últimas consecuencias.

conclusión

El mandato original de Dios a todo hombre, la palabra, por tanto, que determina y explica el sentido más elemental de su vida es la palabra de dominio sobre las energías de este mundo, el llamamiento a su actividad profesional, a su actividad de rendimiento y de eficacia. Vistas así las cosas, la profesionalidad pertenece al hombre en cuanto tal, determina la primera significación de su vida. Esto no es todavía lo estrictamente cristiano, no es todavía expresión de la fe (puede haber excelentes profesionales en todos los órdenes que no

sean en absoluto creyentes), pero es claro que todo profesional no será buen creyente si no vive seriamente su profesión. Esto ante todo. Dando un paso más habrá que decir: nuestro culto espiritual, nuestra religiosidad fundamental es el servicio a los hombres, el servicio eficaz en el rendimiento tangible y concreto. Tal servicio, para el hombre que trabaja, es su propia profesión. De esta manera lo profesional entra en la zona de lo sagrado, de lo religioso. El Misterio de la Encarnación ha invadido todas las realidades humanas, dándoles esta significación trascendente. Lo sagrado ya no es una realidad en sí, separada y distinta de lo demás (lo profano); lo sagrado es la relación que cualquier realidad humana puede establecer con Dios. Y entre las realidades humanas, no cabe duda que el trabajo, el rendimiento, la propia profesión en una palabra, establece por sí misma esta referencia a Dios, puesto que expresa el sentido original de la existencia humana y de la existencia cristiana.

¿Y el misterio de la cruz? No se trata en absoluto de desplazarlo. No podemos desplazarlo. Se trata, más bien, de situarlo exactamente en el puesto y en la realidad en que razonablemente puede ser vivido por el hombre de nuestro tiempo. Nuestra abnegación y nuestra renuncia fundamental es el trabajo y el rendimiento eficaz en el mundo. No tiene ni puede tener sentido la actividad de los monjes que hacían cestos durante el día para romperlos por la noche. No se trata de ocupar el tiempo, sino de hacer algo eficaz en este mundo, algo que tenga sentido para los demás, desde el cansancio del hombre que trabaja la tierra hasta la actividad del sabio que busca una fórmula

de utilidad eficaz para los demás. Y junto a esto, la convivencia, el saber soportar sin amargura, el vivir de tal manera que los demás se sientan más felices de haber nacido. Una vida así será signo de una

fuerza que no puede venir de este mundo. La profesión se hace culta, expresa la fe, actualiza el misterio de la cruz. Lo profesional es la estructura básica de lo cristiano.

notas

- (1) MARTIN BUBER: *¿Qué es el hombre?* Buenos Aires, 1964, pg. 82-83.
- (2) P. TEILHARD DE CHARDIN: *Algunas reflexiones sobre la conversión del mundo*. Proyección, núm. 50 (1966) 167.
- (3) a. c., pg. 171.
- (4) A. DE VOGUE: *Le procès des moines d'autrefois*. Christus, vol. 12 (1965) pg. 119-121.

"Cada día es mayor el número de los hombres y mujeres de todo grupo o nación, que tienen conciencia de que son ellos los autores y promotores de la cultura de su comunidad. En todo el mundo crece más y más el sentido de la autonomía y al mismo tiempo de la responsabilidad, lo cual tiene enorme importancia para la madurez espiritual y moral del género humano".

(Gaudium et Spes, 55)